

# ¿DÓNDE ESTOY EN EL DECIR?

Enrique Tenenbaum (Trilce / Buenos Aires)

Para *lalengua*, junio de 2018

Es frecuente que quien viene a hablarnos sufra en algún momento una vacilación en el decir, un ligero olvido: “¿qué estaba diciendo?”, una repentina desorientación: “¿para dónde iba esto que digo?”, una confesión turbada: “no sé de qué estoy hablando”. En estas situaciones, tan habituales en nuestra tarea cotidiana, asistimos a una suerte de desdoblamiento subjetivo -si reservamos el término división para otras presentaciones más estruendosas, como la aparición de una palabra cuando se esperaba otra, o el olvido de un nombre que estaba ahí nomás... en la punta de la lengua-.

Tanto el desdoblamiento como las formaciones de lo inconsciente, el primero más sutil o tímidamente que las segundas más ruidosas, se presentan ante quien habla como un encuentro sorpresivo con el efecto de disyunción entre quien asume la función sujeto de las frases que enuncia -lo que suele nombrarse *Yo*- y la instancia a la que le atribuye la generación de esas frases que se imponen al habla sin pedir permiso. Freud nombraba esta irrupción del discurso del Otro de un modo muy simple: “...los actos y exteriorizaciones que noto en mí y no sé enlazar con el resto de mi vida psíquica tienen que juzgarse como si pertenecieran a otra persona”<sup>1</sup>.

De ahí que surja una pregunta -formulada o no como tal- que marca un giro en el acto de hablar: ¿Quién habla cuando hablo? ¿Dónde estoy en el decir?

Si bien la deriva del pensamiento puede sufrir estas peripecias también en el soliloquio interior, en el pensar en silencio, la vacilación subjetiva en transferencia constituye un momento privilegiado, ya que es por el análisis que esta contingencia en el decir podrá producir consecuencias; es por hablar a otro en determinada posición discursiva que el desdoblamiento o la división tendrán ocasión de no ser desestimados, sino considerados como parte privilegiada del movimiento mismo del pensar hablando.

Y esto en un contexto en el que la presencia real del cuerpo del otro al que se habla no es ajena a la producción de la división subjetiva, habida cuenta que el analista “en cuerpo” (*en corps*) instala el objeto *a* en el lugar del semblante<sup>2</sup> para el discurso del analista, o, dicho en

---

<sup>1</sup> S. Freud. *Lo inconsciente*.

<sup>2</sup> J. Lacan, *Ou pire...*, 21/6/72, Paidós pg. 226

términos más llanos, esto ocurre por cuanto el analista forma parte del concepto de inconsciente ya que es a él a quien éste se dirige<sup>3</sup>.

Es en ocasión de abordar la pregunta acerca de “dónde estoy en el decir” que Lacan formula que se trata del “hecho de decir como olvidado”, y señala que lo que se manifiesta en las neurosis es que algo se olvida. ¿Qué se olvida?: “que se diga, como hecho, se olvida en lo que se dice en lo que se escucha”, así reza su fórmula -tantas veces repetida- de 1972. Pero ocurre que, en el momento de la división o del desdoblamiento, este olvido cesa, y la pregunta que Lacan introduce no solamente se dirige a que se ubique el hablante en ese -que es su- decir, sino a subrayar que no olvidemos que se trata del decir en tanto tal.

Es por esto por lo que, si bien la importancia de los silencios en la transferencia es capital, invitamos siempre al analizante a hablar, a practicar el “que se diga”, ofreciendo para eso el tiempo necesario -lo cual no es un asunto menor-.

¿Qué ocurre luego del desdoblamiento, cómo se restituye la trama del decir?

Habitualmente, si no se habita en la sideración, la conversación se reanuda: nuestro paciente -o nuestro analizante- sigue hablando, y en ese hablar se pueden leer los intentos de revestir los efectos de lo ocurrido – lo ocurrido no es otra cosa que la irrupción de lo real de l’*inconsciente*-. Son intentos de revestir la causa de la vacilación y sus efectos explicándolos en términos de pensamientos, los que toman el carácter de fantasías, fantasías sobre tal irrupción. Lo que se ha operado es un giro por el cual aquel que ha resultado paciente de la aparición de un significante inesperado -sea por su falta, por su falla o por su sustitución- se hace agente del intento de producir un saber sobre aquel. Lacan utiliza los términos S1 para lo primero y  $\$$  para lo segundo.

Este movimiento es característico de toda práctica de lectura, en tanto que para proceder a una lectura es necesario disponer de un segundo texto que, tomando como referencia al primero, lo interpreta; en el intervalo entre el primero, S1, y el segundo, S2, ubica Lacan un objeto que causa ese decir, al que llama *a*, y un sujeto hendido en el mismo intervalo<sup>4</sup>, dividido en ese decir:  $\$$ . A su vez, sujeto y objeto *a* son dos de los elementos de escritura de la fórmula del fantasma.

Dicho en términos del álgebra lacaniana: el discurso del amo -que es el del inconsciente, donde el agente es S1- gira en regresión hacia el discurso de la histeria -aquel que convoca -en el sitio de la producción- al saber, que se escribe S2-.

Pero ocurre que, si el discurso del amo es signado por la imposibilidad -es uno de los tres imposibles freudianos-, el de la histeria se caracteriza por la impotencia, y es de este contrapunto entre imposibilidad e impotencia -en el giro de los discursos- de donde proceden los términos con que nos han invitado a escribir estas líneas:

“De la impotencia a lo imposible”

¿Se trata de una consigna? ¿Es un slogan? ¿Una indicación técnica? ¿Habrá que tomar partido?

---

<sup>3</sup> J. Lacan, *Posición del inconsciente*, Escritos

<sup>4</sup> *Ou pire...* op.cit. pg. 226

Depende de en qué tramo de la lectura o del decir de Lacan nos situemos o enfatizamos, y depende de nuestro modo de conducir los análisis así será la respuesta que demos a esta pregunta.

Lacan ha puesto en contrapunto estos términos en repetidas oportunidades, en todas ellas la impotencia se corresponde con lo imaginario y lo imposible es un nombre de lo real. En el Seminario *Encore* aparecen los términos sucediéndose: “la impotencia del amor para hacer Uno de dos (*deux*) {...} nos conduce a lo imposible de establecer una relación entre ellos<sup>5</sup> (*d’eux*)”, entre esos dos. Esa conducción es lógica, no supone que sea la del análisis.

En la reseña del Seminario anterior, *Ou pire...*, sostiene que “...se trata en el psicoanálisis de elevar la impotencia (lo que da la razón del fantasma) a la imposibilidad lógica (lo que encarna lo real)”<sup>6</sup>. Con esta frase, si quisiéramos defender el slogan, tenemos para hacer un festín, sobre todo si nos detenemos en ella y no consideramos cómo sigue ese escrito.

Prefiero, por las razones que enseguida se especifican, enfatizar el modo en que Lacan trata este par de términos en *Radiofonía*; lo hace al responder a dos de las preguntas. En la *VII*, al final de la alocución, sostiene que “la estructura de cada discurso necesita una impotencia definida por la barrera del goce, a diferenciarse allí como disyunción, siempre la misma, de su producción a la verdad”, de tal modo que el giro de los discursos es el resultado de que “...al empujar lo imposible hasta sus últimos reductos, la impotencia tiene el poder de hacer virar el paciente al agente”<sup>7</sup>.

En la respuesta *V*, al aclarar que “...el inconsciente sólo tiene que ver con la dinámica que precipita la báscula de uno de esos discursos al otro...” enfatiza que si bien se puede esperar “...el viraje desde la impotencia imaginaria a lo imposible {...} el inconsciente juega también en otro sentido”, que no es sino el de la báscula de la imposibilidad a la impotencia, según que el giro sea progresivo o regresivo, en los términos de Lacan. Por último, “...es preciso decirlo, el psicoanalista aquí no tiene que tomar partido sino levantar acta”<sup>8</sup>.

Para concluir, si el inconsciente es lo que opera como báscula de un discurso a otro, su emergencia en transferencia es lo que hace, por el giro, emerger el discurso del analista, como cada vez que se franquea el paso de un discurso a otro<sup>9</sup>.

Habida cuenta que sostenerse en los discursos de la impotencia es lo corriente, la única práctica de discurso que promueve una instancia de pasaje de la impotencia a la imposibilidad es la del psicoanálisis. No menos que eso, no tanto más.

---

<sup>5</sup> J.Lacan, *Aun (Encore)*, 21/11/72. Paidós, pg 14

<sup>6</sup> *Ou pire...*, Anexos, op.cit. pg 239

<sup>7</sup> J. Lacan, *Radiofonía*, Otros Escritos, Paidós, pg.469

<sup>8</sup> *Radiofonía*, op, cit, pg. 463

<sup>9</sup> J. Lacan, *Encore*, op.cit,